

Vista aérea del Espacio Andaluz de Creación Contemporánea, en Córdoba, con la cadena de galerías hexagonales que conforman el edificio, un proyecto de Fuensanta Nieto y Enrique Sobejano.

El nuevo organicismo

El Espacio Andaluz de Creación Contemporánea, en Córdoba, espera a que se le dé uso. Ejemplo de las consecuencias de la crisis en el ámbito cultural, sus hexágonos irregulares hablan de una tradición que sigue viva en la arquitectura española

Por David Cohn

SE DICE QUE un movimiento artístico, un estilo o una etapa generacional solo se ve con claridad cuando se acaba. Se asienta la polvareda y se disminuye el clamor de voces dispares empujando en todas direcciones. El aire se vuelve limpio y lo que queda en pie, entre las ruinas, es eso: la tendencia que expresa el mejor espíritu de un tiempo ya agotado.

Siguiendo esta máxima, quizás ahora es el momento de examinar algunos de los rasgos más característicos de la explosión creativa que ha transformado la arquitectura española en los últimos 15 años. Ha sido una convulsión inducida no solo por la euforia de la especulación, por los políticos ambiciosos y el ambiente enrarecido de los concursos de altos vuelos. También refleja, a nivel formal, el impacto de las técnicas informáticas y, más importante aún, el impacto de la propia mirada informatizada, una verdadera revolución en la conciencia colectiva de dimensiones todavía incalculables (nos falta un Marshall McLuhan para explicárnoslo definitivamente).

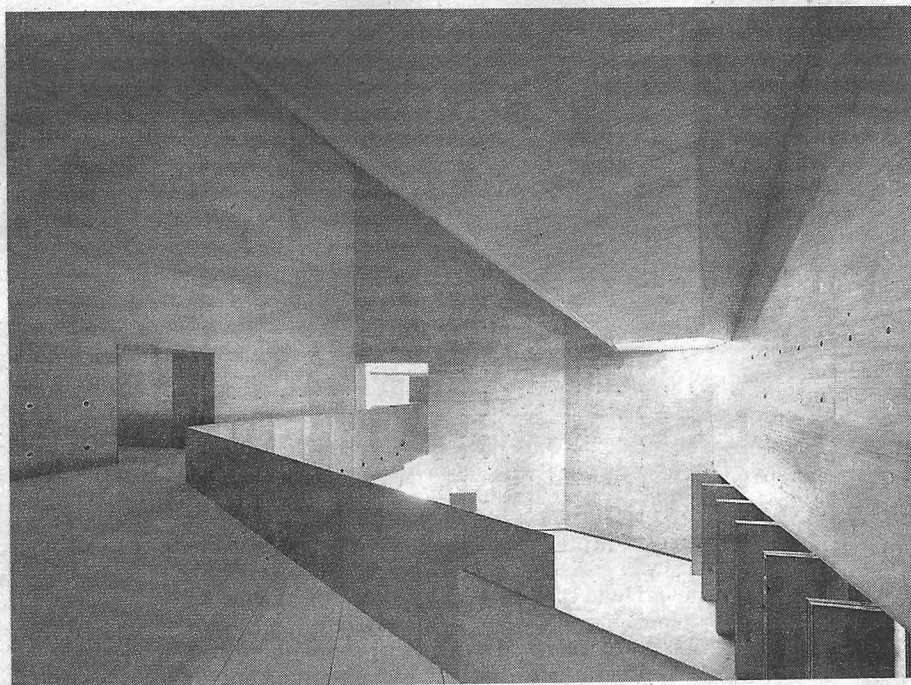
Entre los frutos de esta revolución, bien conocidas son las voces más individualistas del panorama internacional, los Gehry, Koolhaas, Nouvel, Foster y compañía. Pero si nos restringimos a un campo de referencia nacional, e incluso a arquitectos con base en Madrid, la reacción ante tanta permisividad creativa ha sido más bien fría y ponderada. En una profesión relativamente insular y enfocada hacia su propia tradición, bajo el peso de lo que ellos mismos llaman la "disciplinabilidad", el instinto de los arquitectos madrileños ha sido avanzar sobre lo conocido o, más bien, sobre lo casi olvidado. Me refiero a la vuelta al organicismo.

El organicismo nació en los años cincuenta del siglo pasado, casi a la vez que el resurgimiento del racionalismo ortodoxo, y entró en su plenitud con la expansión económica de los años sesenta. Mientras los racionalistas miraban hacia el rigor técnico y la abstracción espacial de Mies van der Rohe

(Francisco J. Sáenz de Oiza en las viviendas en hilera de Entrevías), el organicismo surgió como una opción más barroca. Tomaba sus modelos espaciales de la naturaleza, sustituyendo un concepto del espacio universal y uniforme por respuestas locales y particulares. Su teórico fue el italiano Bruno Zevi y sus modelos las arquitecturas de Frank Lloyd Wright y Alvar Aalto. El concepto orgánico del espacio es frecuentemente celular,

nación geométrica de patrones repetitivos.

La dialéctica entre el racionalismo y el organicismo quedó superada por la posmodernidad y luego por su estrepitoso fracaso. El fin del posmodernismo desembocó en un periodo de depuración que, en la arquitectura española, puso como modelo lo más ascético del racionalismo, ejemplarizado por la figura de Alejandro de la Sota y su gimnasio del Colegio Maravillas



Las células interiores de hormigón tienen cada una su propio lucernario de forma hexagonal. Foto: Roland Halbe

entrecruzando repetidas unidades geométricas en un tejido (la colmena de células hexagonales del Pabellón Español en la Exposición de Bruselas de 1958, de José A. Corrales y Ramón Vázquez Molezún) o en una flor (la Corona de Espinas de Fernando Higueras) o en el tronco fibroso de un árbol (las Torres Blancas de Oiza). Si el racionalismo se basa en líneas y planos, el organicismo encontró su estructura compositiva en la combi-

(1962), realizado con una ausencia de expresividad tan radical que su discurso formal se quedó cerrado a todos menos a los más entendidos.

Pero los últimos años, con su avalancha de grandes obras públicas, no han sido tiempos para una arquitectura del silencio poético. Arquitectos que lanzaron sus carreras con prismas nítidos y mesurados han ido buscando el camino hacia una mayor expres-

sividad. Y en ese camino, muchos han topado con el organicismo.

Tomamos el caso de Fuensanta Nieto y Enrique Sobejano, que forjaron su reputación con los contundentes volúmenes de su Palacio de Congresos de Mérida. En su último proyecto, el Espacio Andaluz de Creación Contemporánea, en Córdoba, adaptan los principios geométricos de los azulejos de la Alhambra para su organización espacial. Los hexágonos irregulares de sus espacios expositivos están unidos en cadena como pompas de jabón, formando una secuencia espacial aparentemente irregular, pero regida por las leyes geométricas.

La estrategia de volver a composiciones de células repetitivas aparece por primera vez con contundencia en el museo MUSAC, en León, de Luis Mansilla y Emilio Tuñón, donde cada galería toma la forma de una pieza irregular de un puzzle, que encaja perfectamente con las piezas a su alrededor. El resultado es un edificio que se extiende como una mancha, sin más forma que su propia aglomeración de piezas. En su Ayuntamiento de Lalín, Mansilla y Tuñón recurrieron a formas exclusivamente circulares, círculos dentro de círculos, o tangentes o parcialmente absorbidos, como células vistas desde un microscopio.

Otra característica del organicismo es la interpenetración de espacios interior y exterior, de edificio y jardín, creando un microcosmos de estancias en sombra pero bañadas por una luminosidad indirecta. La encontramos en proyectos como el Parador de Alcalá de Henares, de María José Aranguren y José González Gallegos, donde las habitaciones forman una alfombra laberíntica de pequeños patios y espacios bajo cubierta dentro de la huerta de un antiguo convento. De forma similar, en el Centro Médico de San Blas, del Estudio Entresitio, la malla de pasillos, zonas de espera y consultas está salpicada por patios aleatorios. En la casa MO, en las afueras de Madrid, los arquitectos Fernando Rodríguez y Pablo Oriol disgregan el programa de la típica casa en unidades celulares, que distribuyen entre los árboles de un pinar extendiendo el cuerpo de la casa en el paisaje y multiplicando ángulos visuales entre interior y exterior.

En estos momentos es difícil saber si el nuevo organicismo tiene futuro, aunque forma parte de lo más prometedor que se ha producido en la última década. Ahora no son tiempos para arquitectura alguna. El Espacio Andaluz de Creación Contemporánea ha quedado al terminarse vacío y sin uso, tras una inversión de 22 millones de euros, a la espera de un futuro mejor. •